

ENTREVISTA AL DIRECTOR

Mi nombre es José Manuel López Saludas, nací hace treinta años en un pueblo de la provincia de Huesca llamado Biescas. Mi primera y única experiencia en la docencia es la Escuela Municipal de Trabajo. Empecé a trabajar en el centro de forma circunstancial, sin vocación, pero con una profunda curiosidad por conocer el mundo de la enseñanza. Por aquel entonces, trabajaba en la empresa privada como actividad principal e impartía algunas horas en el centro a dedicación parcial. La gran mayoría de profesores se encontraban en esta misma circunstancia, entre otras cosas, porque era relativamente fácil acceder a puestos de trabajo en la empresa privada que tenían un nivel de retribución económica muy superior a los de la escuela. La escuela no tenía, o casi no tenía, subvención económica, lo cual suponía que impartir clases en esas condiciones, constituía una actitud filantrópica. Con la perspectiva evolutiva del centro, hoy día, es digno de admirar a aquel reducido grupo de profesores que tenía como única actividad la escuela. A pesar de las múltiples dificultades, la escuela tenía su encanto, ya que al ser de un pequeño tamaño, nos conocíamos prácticamente todos.

Cuando llevaba impartiendo clases durante dos años, decidí dejar la escuela, ya que me resultaba materialmente imposible el compaginar el trabajo, los estudios y la escuela. Cuando ya habían transcurrido dos años desde que dejé la escuela, volví a impartir clases a razón de 1 hora diaria. Fue entonces cuando, quizás porque ya estaba en el tercer año de Ciencias Empresariales y me hallaba más seguro delante de la clase, decidí venir a la escuela de forma definitiva.

Con el paso del tiempo, la escuela ha crecido enormemente y ello ha imposibilitado que la escuela conservara el encanto y la frescura apetecible y deseable en lo que respecta a las relaciones humanas, ya que por la propia naturaleza de la masificación que padecemos propicia la segmentación, hasta cierto punto lógica.

—¿Qué fue lo que te motivó a presentarte como director en el nuevo equipo directivo que se presentó a las elecciones del curso pasado?

—Si fuese hipócrita me comportaría con arrogancia y diría: me vinieron a buscar y me dijeron que me presentase ya que era la persona adecuada. Esto, evidentemente, sería una excusa para justificarse la persona. Cualquier persona que se presenta a un puesto de responsabilidad lo hace por diversos motivos; pero en mi caso, era el entusiasmo, la ilusión y el poner en práctica una determinada forma de concebir la enseñanza y la escuela en particular. Es cierto, que durante los últimos años fui muy crítico con el anterior equipo directivo, ya que entendía que una escuela de la dimensión de la nuestra debería jugar un papel más relevante en el ámbito local y comarcal, es decir, estar más interrelacionada con las instituciones y empresas, ya que a mi entender, una escuela de formación profesional no se concibe sin una estrecha vinculación con la empre-

sa. Creía y creo, que es tan digno el FP1 como el FP2, aunque diferentes, y sin embargo, nos resignábamos a recoger el «fracaso escolar» de EGB, olvidando la verdadera y auténtica dimensión de un Instituto Politécnico de Formación Profesional. Volviendo al hilo de la pregunta, es cierto que unos compañeros (por los que siento un profundo respeto personal y profesional) me animaron a presentarme, pero la decisión final la tomé yo, siendo consciente de las ventajas e inconvenientes.

—¿Cuál ha sido la realidad que te has encontrado dentro de la escuela al asumir el cargo de director?

—Cuando hablamos de una escuela de la dimensión de la nuestra (2.100 alumnos y 103 trabajadores), se debe ser consciente de la complejidad de la misma, tanto en el aspecto organizativo como institucional. Si somos más de 100 trabajadores, hay que admitir que pensamos de manera distinta, tenemos unos proyectos distintos y una manera de concebir la enseñanza y la escuela, a veces, contrapuesta. De lo primero que me percaté, fue que tenía una visión muy parcial de la escuela en todas sus facetas. Durante este año, por la intensidad con que me ha tocado vivir la escuela (por circunstancias internas y externas), ha resultado una experiencia aleccionadora, que me ha ayudado a conocer a las personas, lo cual me ha obligado a ser menos emocional y más reflexivo, es decir, no ir de ingenuo por la vida.

En la escuela, afortunadamente, existe una gran dosis de profesionalidad en la mayoría del personal. Hay una voluntad colectiva de la necesidad que tiene un profesional de la enseñanza de ir más allá, es decir, de la voluntad de superarse a sí mismo y de mejorar la calidad de la enseñanza, para que así mejore la imagen de la escuela y los alumnos encuentren en la escuela el instrumento que les forme en la vertiente humana y técnica.

Durante este año, he podido constatar que en la enseñanza la profesionalidad no tiene ideología.

—¿Cuál es el programa que intentáis poner en funcionamiento durante vuestra permanencia en la dirección de la escuela?

—Antes me he olvidado de decir, que la dirección de la escuela es colegiada, es decir, que formamos un equipo directivo formado por cinco personas. Cada uno tiene un área de responsabilidad que delimita el Reglamento de Régimen Interno, pero las decisiones se toman entre los cinco. Nos reunimos cada viernes para intercambiar información sobre la semana, y planificar la semana siguiente. Como diría Galbraith, el equipo directivo es la «tecnoestructura», ya que por el propio conocimiento de la escuela, propone alternativas al máximo órgano decisorio interno, es decir, el Consell de Direcció. El Consell de Direcció es el órgano legislativo, y el Equipo Directivo es el órgano ejecutivo.

Nuestro programa es bastante ambicioso, y creo que todo programa debe ser realista, pero también